

nación ó de esperanza, de flaqueza moral ó de poderío intelectual.

La creencia religiosa ha ido progresivamente alejándose de las teorías que exigían el sacrificio humano, para acercarse á aquella del primitivo cristianismo que buscaba una personificación. Tiene toda religión una fuerza expansiva que se desarrolla durante cierto tiempo, se debilita luego poco á poco, y por fin se extingue. El cristianismo ha seguido la ley común. Sus huellas al través de la vida de los pueblos, no son más visibles que las del judaísmo; en todo caso, como con todas las religiones supra-terrestres ha ocurrido, está ya á punto de desaparecer; es más, en algunos países ya no existe. El cristianismo no muere porque nuestra necesidad de creer esté atrofiada; muere porque ha sido impotente para satisfacerla y á la vez satisfacer nuestra necesidad de saber, de conocer. En vez de ayudar al hombre en sus tentativas de penetrar los misterios de la naturaleza, el cristianismo se ha convertido en Iglesia de opresión, dispuesta á dominar la humanidad, á petrificar su inteligencia y sus facultades creadoras, á imponerle un funesto dogmatismo teocrático.

A medida que los conocimientos evolucionan, disminuye en los pueblos civilizados la fuerza en las creencias supra-terrestres y más pronto avanzan éstas hacia su fin. Solamente los espíritus débiles pueden ver en ese hecho un indicio de decadencia. La ruina de las grandes civilizaciones de la antigüedad, cimentadas sobre el despotismo religioso ó monárquico, antes considerada como una catástrofe; la Revolución Francesa por mucho tiempo atribuida á un desencadenamiento de pasiones diabólicas, pero conceptuada hoy como la transición necesaria, indebidamente retardada, entre la época monárquica y la época constitucional;—todo ello elocuentemente comprueba que los aparentes decaimientos, las más grandes catástrofes religiosas, políticas ó morales, lejos de conducir á la degeneración de la humanidad, la encaminan hacia más altas cimas.

El fin de las religiones supra-terrestres, no despojará á la humanidad de creencias, no la privará de ideales. Al contrario, muertos los dogmas inútiles, más fácil será para el hombre completar su emancipación intelectual y moral, afirmar su concepción general de la vida, científica y humanitaria en su principio, y así formular su nueva creencia,—que ésta no se aniquila: evoluciona, nada más.

El hombre normal no puede vivir sin concebir, sin *sentir* alguna creencia; lo contrario sería una anomalía psíquica, una perversión moral é intelectual. Sólo tendría derecho de decirse anticreyente quien pudiera ofrecer una prueba irrefragable de que la humanidad sabe y conoce ya todo lo que su inteligencia es capaz de aprender, y que nada más hay que descubrir en la vida; que la naturaleza enmudecerá, que la ciencia pronunciará la palabra postrera, que el hombre no alcanzará jamás á determinar el cómo y el por qué de su existencia.

En tanto no tengamos una prueba de esa clase, que evidencie la esterilidad del afán investigador, debemos creer que, tarde ó temprano, el hombre descubrirá el magno secreto: el sentido de la vida. Podemos repetir: el hombre en absoluto anticreyente, es un hombre anormal.

«Quien se dice ateo, en verdad solamente lo es con respecto á los dioses de los demás. Quien niega el dios de su cura ó de su pastor, el de su infancia, aquel que adoran sus convecinos, adora otro dios, un dios interior, oculto en el fondo de su alma, al cual denomina de un modo particular y diariamente le hace el sacrificio de su propia persona. Cuando no un dios noble, se venera cualquier ídolo bajo y grotesco,—de tal modo es imposible al hombre vivir sin entregar su espíritu». (*)

El autor de esas justas palabras ha agregado con error: «Pero nada es más absurdo que oponer al dios oculto,

(*) AUGUSTE SABATIER, *Esquisse d'une philosophie de la religion.*